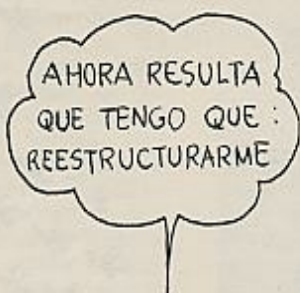


Malcolm Hancock



LOS RIESGOS D

UNA joven, famosa por la frecuencia con que cambia de marido y a la que se ha calificado alguna vez como «la heredera más rica del mundo», fue invitada a una fiesta en Nueva York. Una orquesta amenizaba el ambiente. Y el champán corría abundantemente. De vez en cuando alguna pareja salía un rato al jardín..., un rato que, a veces, se prolongaba considerablemente.

Hacia la madrugada, «la heredera más rica del mundo» se dirigió con indignación hacia el anfitrión, a quien se quejó de que uno de sus invitados la hubiese robado. Según ella, el objeto robado era un costosísimo diamante que llevaba sujeto al vestido a la altura del pecho izquierdo. El anfitrión reconoció haber visto y admirado el diamante en cuestión. Pero éste había desaparecido, y la heredera amenazaba con armar un escándalo, insistiendo en que se registrase a todos los invitados hasta dar con el culpable.

Anticipándose a un incidente de este tipo, el anfitrión había solicitado una póliza de seguros que le protegiese contra cualquier robo que pudiera producirse bajo su techo, pero la compañía había estipulado que durante la fiesta todas las actividades de los invitados debían estar sometidas al escrutinio de un detective privado —precaución que suele tomarse con harta frecuencia en ocasiones como ésta—.

Se requirió discretamente la presencia del detective, quien pidió a la joven que le contara exactamente todo lo que había hecho desde su llegada. Sentía tener que ser tan poco delicado, pero..., ¿recordaba que alguien le hubiera rozado el pecho con su mano..., por ejemplo, en alguno de sus bailes?

—¡Claro que no! —contestó la heredera toda indignada. Y protestó de que se le hicieran preguntas tan indiscretas. Después de todo, ella era la víctima. Y el detective la estaba



tratando como si fuera algún cómplice del ladrón.

El empleado de la compañía de seguros replicó tranquilamente que todavía no se había demostrado que se tratase de un robo. El diamante podía haber caído al suelo..., tal vez en el jardín.

—No he salido para nada al jardín esta noche —afirmó categóricamente la presunta víctima.

—¿Está usted segura? —preguntó el detective.

—¡Totalmente!

La joven se volvió hacia su anfitrión y se quejó del comportamiento de algunos de los invitados en el jardín.

—Creo que puedo resolver su problema —aseguró el detective—... Por lo visto, usted tenía mucha prisa la última vez que se puso el vestido. Está al revés ahora.

La prenda en cuestión era de tan diminutas proporciones, que apenas si se notaba la diferencia entre el pecho y la espalda, el interior y el exterior... «La heredera más rica del mun-